



REFLEXIONES DE JOSÉ MARÍA GARCÍA

Antxon AGUIRRE SORONDO
antxonaguirre@euskaltel.net

N. de R. Por el valor que tiene, presentamos la carta dirigida al etnólogo Antxon Aguirre, por el padre jesuita José María García García, quien ejerció su labor pastoral por muchos años en la zona de Ocongate, resultado del cual es su libro, “Con las comunidades andinas del Ausangate” el cual fue recientemente reeditado en una presentación bilingüe, castellano-ingles. Además, como fruto de sus 20 años de labor pastoral en la zona, es autor de varios trabajos sobre la peregrinación a Qoyllurit'i, (entre los últimos tenemos “Qoyllurit'i, encuentro y síntesis de Culturas” e “Historia y vigencia de la Peregrinación al Santuario de Qoyllurit'i”, publicados en el número 6 – 2013 de la revista Patrimonio de la Dirección Regional del Cultura del Cusco), así como varios estudios sobre educación.

En días pasados revisando “papeles viejos” encontré una curiosa e interesante carta que en 1988 me envió José María García, a la sazón sacerdote en Urcos (Cusco) y que creo que puede tener interés para los lectores de esta revista. Yo en esas fechas estaba interesado en el tema de la nieve y los neveros y demandaba información sobre el Santuario de Qoylluriti, por lo que escribí a José María, quien me contestó con esta interesante misiva.

La carta dice así:

Urcos 12-7-88

Mi querido amigo Antxon:

Porque me vas a disculpar que me tome la confianza de tutearnos. En realidad, ahorita no más que estoy acusando recibo de tu carta, a la que iré complementado con la bibliografía que pides. Y es que todavía no me explico como tu carta haya podido llegar a mis manos, sobre todo con el correo que



tenemos por estos lares. Miro el sobre y no me lo explico, Qoylluriti es un Santuario a cuatro mil ochocientos metros s.n.m.; donde no hay nada absolutamente, y mi lugar de residencia está a casi cien kilómetros. Pero aún más, donde yo trabajo actualmente es en Ccatca, y ahí exactamente me ha llegado. Voy a tener que creer en los milagros, o es que resulta que hay más gente que me conoce por acá de lo que yo creía.

Bueno gustosamente, ante este cúmulo de casualidades, voy a tener que estar sacándome algún tiempito para mantener esta correspondencia. Con toda la inmodestia del mundo, voy a comenzar por enviarte mis experiencias por estas alturas, quizás que de ahí nos van a salir algunos temas de conversación.

EL PATRIMONIO INMATERIAL

Se habla y escribe mucho sobre el patrimonio material, debe ser porque es lo más tangible que vemos, puede permanecer inalterado, si es que no lo tocamos, por mucho tiempo, sin embargo al patrimonio inmaterial no se le dio la importancia que merecía. Parte por la mentalidad colonial que aún tenemos, en la que el conocimiento, las costumbres, la cultura andina o amazónica, son menospreciados. A los pobres se les exige olvidarse de su cultura para “progresar” y así muchos hasta renegamos de lo que somos, sin embargo también ha sido la marginalidad de algunos pueblos lo que ha permitido mantener un valioso patrimonio inmaterial.

Los pueblos mantienen conocimientos acumulados por siglos, no otra cosa es la agricultura, donde el maíz y la papa, son solo dos ejemplos. La hermosa textilera, que se confecciona en los andes o en los llanos amazónicos, puede fácilmente competir con algún arte académico. Los paqos, conocedores de las diversas propiedades de las plantas medicinales o de la astronomía son personajes que debían servir de maestros a las futuras generaciones y así perpetuar sus conocimientos.

La moderna tecnología también puede ayudarnos a conservar los conocimientos, así tenemos la fotografía, el video y la escritura, que nos permiten registrar las diversas manifestaciones culturales que hay en nuestro país y así perpetuarlas para el futuro.

Rescatar lo que aún queda y valorar nuestra cultura, poniéndola en el mismo nivel que la occidental, nos permitirá crecer como seres humanos. Hace pocos días, en una conferencia cusqueña, escuchamos a un profesor que matizo su discurso con algunas palabras quechuas, dándole más énfasis y un sentido cabal a lo que quería decir, como por ejm. referirse a los semáforos como “ranjanchones” o “chajlapear” las paredes para que estén algo más vistosas. Palabras que permitieron comprender sustantivamente su exposición.

El trabajo en el campo, como el trigo iray o la crianza de camélidos, son parte de nuestra cultura, como son los

rituales que celebramos en las fiestas tradicionales como Qoyllurrit'i o Chokeyllka, pero también son parte de esta, la tecnología constructiva de puentes como Qeswachaka, idiomas como el Jaqaru y también la literatura oral, la música, entre otros.

Apostemos por conservar un patrimonio muy frágil, que se encuentra atacado desde fuera y desde dentro, pero que tiene fuerza y que viene construyendo su identidad. Tenemos una gran tarea por realizar, sobre todo en Ollantaytambo, donde los factores externos alteran y menoscaban nuestro sentido de vida. Se puede declarar patrimonio cultural inmaterial muchos aspectos de la cultura popular, como las fiestas, la construcción de Qeswachaka, las danzas, sin embargo más allá de estas declaraciones, debemos tomar conciencia de que estas manifestaciones culturales nos pertenecen, que son producto de un largo proceso que ha tomado mucho tiempo y que debemos sentirnos orgullosos de conservarlas.

Los mitos de creación, los cuentos, las adivinanzas, los retruécanos, las leyendas, la música, nos seguirán acompañando en las noches de vigilia, si es que seguimos apostando por tomar lo mejor de nuestra cultura y transmitirla a las nuevas generaciones y que sepan valorar como un legado que tiene tanto valor como, manifestaciones más tangibles como la arquitectura, la pintura o la escultura.

También la literatura escrita, a pesar de ser una creación individual, es parte del patrimonio inmaterial y así como tenemos a Clorinda Matto en el pasado, en el presente tenemos a Karina Pacheco Medrano, cuyo libro “El sendero de los rayos” ha sido elegido como el mejor libro de cuentos del año, libro donde reconoce implícitamente la importancia del mito, por lo que en PUTUTU nos congratulamos de contar con su apoyo y colaboración. Una cultura viva generara siempre nuevos pensadores y artistas y el Cusco es una fuente inagotable de creadores que están esperando una oportunidad para hacer conocer su trabajo.

PUTUTU

Boletín Cultural

Pututeros **Carlos Olazábal Castillo**
Oscar Olazábal Castillo
Miguel Del Alamo Eulate

*Es una publicación de la Asociación Tampu
Calle Horno s/n Ollantaytambo*

Suscripciones: pututucultural@gmail.com
www.pututu.blogspot.com



EL ALBERGUE

OLLANTAYTAMBO

BED & BREAKFAST

Estación de Tren - Ollantaytambo - Cusco - Perú

Karina Pacheco Medrano, *El sendero de los rayos*. Cusco: Ceques, 2013

Marta Ortiz Canseco

Hace algo más de un año escribí para *Pututu* una reseña sobre el primer libro de cuentos de Karina Pacheco, *Alma alga* (Lima: Borrador Editores, 2010). Titulé dicha reseña “Telúrica – cosmopolita”, pues me parecía que la combinación de ambos términos es la que mejor definía la narrativa breve de la autora. Creo que esta combinación es aplicable también a su segundo libro de cuentos, *El sendero de los rayos*, que constituye la primera publicación de la recién nacida editorial Ceques, con origen en Cusco.

Leer los relatos de Pacheco significa recorrer toda la geografía peruana: costa, sierra y selva. Al mismo tiempo, ella nos ofrece siempre una mirada hacia Europa desde su propia experiencia personal, pues ha vivido muchos años en Madrid. Los cuentos de *El sendero de los rayos* están compuestos siempre desde la primera persona del singular, lo que les da una subjetividad muy especial, y muy bien manejada por la autora. Creo que Karina Pacheco puede resultar familiar tanto a los lectores europeos (sobre todo españoles) como a los lectores peruanos. Y es en ese punto en el que me quiero centrar, para comentar a partir de ahí algunos de sus cuentos. Por ejemplo, el primero del libro, titulado “Luciérnagas”, ofrece los breves destellos de una relación fraternal truncada, entre dos hermanos, uno en Lima y otro en Berlín (ahí tenemos el primer vaivén entre Europa y Perú).

En este caso la relación entre ambos continentes es explícita, como lo es en muchos otros cuentos en los que los personajes salen del Perú para estudiar posgrados o doctorados en Europa. Siempre vemos este vaivén, que me parece que constituye uno de los puntos de partida de la narrativa de Pacheco, ese conflicto del peruano viajando y volviendo, tratando de manejar una formación “occidental” con una serie de vivencias “nacionales” que poco tienen que ver con esa formación, o que de muy diversas maneras pueden conjugarse. Como por ejemplo la violencia política, que es un tema muy tratado por la autora, como veremos más adelante.

Sin embargo, esa relación entre Perú y Europa no siempre es explícita, lo cual no quiere decir que no esté ahí. El segundo cuento del libro (“La doncella de arena”), que parecería casi exclusivamente “peruano”, narra la historia de unos niños de la selva del Perú que,

mientras buscan huevos de taricayas, se encuentran el cadáver de una doncella varado en la arena del río. A pesar de que el ambiente, la naturaleza y la sensibilidad de los personajes responden a lo que podríamos definir como “peruanos” (no quiero detenerme aquí en la complejidad de esta etiqueta), creo que se pueden rescatar siempre ciertas pinceladas “europeas”, por ejemplo en la descripción de la doncella:

...sus largos cabellos flotaban en las aguas y la mitad de su cuerpo estaba sumergido en la arena. Parecía dormida, parecía que en cualquier momento despertaría y se pondría a danzar agitando su túnica blanca, sacando brillo a los encajes y a los botoncitos de nácar que adornaban sus mangas y su corpiño.

El retrato de la doncella de arena recuerda a algunos de los cuadros de los prerrafaelistas, en concreto a la *Ophelia*, de John Everett Millais. El desenlace del relato nada tiene que ver con el prerrafaelismo, pero lo que nos interesa es que, incluso



aunque las relaciones entre lo telúrico y lo cosmoplita no estén explícitas, siempre se pueden rastrear en los cuentos de Pacheco. En este caso, lo que yo estoy llamando “cosmopolita” se corresponde con algunos elementos del imaginario europeo, sin embargo, esa idea de lo cosmopolita también se rige en los cuentos de Pacheco por el mundo limeño.

Otro de los temas que unen en estas narraciones la experiencia conjunta de Europa y Perú son las relaciones que se remontan al mundo colonial. El cuento “Susana, Susana” trata sobre el Tribunal de la Inquisición de Sevilla, en el siglo XVI. La narración se centra en la hija de un “relajado” (condenado a muerte) por el Santo Oficio, que, convertida en prostituta, habla de todos los conquistadores que ha conocido, de sus sueños y esperanzas vanas por encontrar oro.

El cuento titulado “Ecos” muestra también la relación entre dos universos y dos idiosincrasias, que solo el mundo colonial pudo engendrar y nutrir de manera tan compleja. Se trata del descendiente de un conquistador, que viaja en peregrinación a la Fortaleza del Viento (Wayra Pukara), donde su predecesor había encontrado el oro que lo hizo rico pero que también lo mató. La autora retrata de manera muy lírica y dramática la situación del conquistador español, el aventurero llegado de fuera, desesperado por encontrar oro, que llega con su racionalidad y espiritualidad europea al mundo andino, tan diferente y desconocido para él, donde al final sucumbe al Viento, al dios Viento. Asistimos así al modo en que sus descendientes, los mestizos, los hijos del Perú, viven con ese choque entre dos mundos. El conflicto de la búsqueda del Dorado se halla también en el cuento “Corazón de oro”, que se desarrolla en la selva.

La muerte y la tragedia siempre están presentes en los cuentos de Pacheco, así como lo están la música y el canto, que atenúan y mitigan ese efecto trágico. Podríamos afirmar que la autora quiere abarcar las facetas más esenciales del ser humano, presentando todas aquellas tragedias que podemos imaginar, jugando con las reacciones de los personajes; algo así como quitarse los fantasmas de encima a base de hacerlos presentes. De esta manera, se nos muestran todo tipo de problemas familiares, muerte de hijos, adulterio, suicidios, violencia de género o psicológica...

Y por supuesto la violencia política. Ya en el mismo título del cuento “El sendero de los rayos” (que da título al libro), encontramos una referencia a ese “sendero” que tan duro marcó al pueblo peruano en las últimas décadas del siglo XX, Sendero Luminoso. En este relato vemos todos los elementos que he ido destacando: en un ambiente de la sierra andina, un niño curandero que sobrevive al rayo marcará el destino de un joven antropólogo envuelto involuntariamente en los juegos del grupo terrorista, pasando por la cárcel, viajando a Europa a estudiar su doctorado, conviviendo con el trauma, etc.

Por último, el cuento “El silencio” es el que mejor consigue plasmar las preocupaciones políticas de la autora. En él vemos cómo se escribe la memoria del silencio, el informe de la Comisión de la Verdad, a través de la lectura de una chica con supuestas alteraciones psicológicas, que se pregunta, quizá junto con todo el pueblo peruano, “¿cómo se cura el silencio?”

Estas son las preguntas que se hace, que nos hace, Karina Pacheco, en un estilo firme, sencillo, muy lírico y potente. Y por eso merece la pena leer este librito de cuentos.



Y paso a comentar algunas cosillas. Aunque solo soy un observador curioso, creo que hay que considerar varios tiempos y espacios históricos. Mi teoría general es la siguiente. Dado que los incas se extienden no más allá de cien a ciento cincuenta años antes de los españoles, hay que mirar más ampliamente al cúmulo de culturas tradicionales andinas, que con los Incas adquieren una forma de organización, Y esa organización la hacen en torno al Dios Sol, que a veces tuvieron que imponerlo, como los españoles impusieron el suyo. Este sería un primer tema a estudiar, que yo le llamo de arqueología antropológica.

Pero junto a esa arqueología hay otra que me parece no menos importante. Y es la antropología que viene de las distintas culturas anteriores, y aún más de los clanes y tribus, que acá se engarzan en torno al *ayllu*. De ahí vienen ancestros más antiguos que los Incas mismos. Yo creo que de esos ancestros vienen muchas de las costumbres y tradiciones que hasta hoy subsisten. Son las culturas menores reasumidas en otras más generales, pero que hay que considerarlas como tales culturas. Creo que como vasco me entiendes bien este punto.

El tercero sería, considerar cómo eso ha llegado a hoy día, qué es lo que hoy distingue a esta cultura, y hacia donde camina.

Por esos ejes más o menos van mis reflexiones personales. Por supuesto que son para discutirlos. En ese sentido pues, yo creo que el culto solar fue muy importante, pero en zonas era el culto propio que identificaba y en otras zonas era el culto impuesto, culto al que se asimila y al que se ofrecen resistencias. En la zona del Cusco, sí creo que era propio, aunque algunos dicen que en ruptura con el pasado y tradicional Dios *Wiracocha*, que era más bien Dios Agua. En todo caso durante la colonia el Dios Sol núcleo la resistencia al Dios del Conquistador, que organizó la vida social y la propiedad de la tierra conforme a la visión del conquistador. El Dios Sol tenía pues que subsistir como resistencia y anhelo de un rehacer la vida social y la propiedad de la tierra. Con el tiempo pierde su carácter de Dios, pero no su

capacidad de identificar una sociedad y una manera de ver la vida. Es curioso como en este punto enlace con esas tradiciones andinas más ancestrales y profundas. El campesino, el indígena hoy día sigue haciendo sus ofrendas a la *pachamama* (madre tierra) que sí conserva un carácter divino, de manifestación de la divinidad. Y hace sus ofrendas a los cerros (*apus*), manantiales, piedras sagradas y a la nieve. Precisamente este santuario de Qoylloriti representa a Cristo grabado en una roca y el lugar está ubicado junto a las nieves eternas. Y es curioso ver, como un lugar que durante años fue lugar de concentración de indígenas, hoy día atrae a miles de mestizos y aún de blancos. Lo central es la roca y la nieve. Sólo el último día hay un saludo al Sol y es el momento de la despedida "*hasta el año que viene*". Entonces el Sol está presente, pero lo central es la roca y la nieve, que son tradiciones más antiguas. Todo ello con el **Cristo** en la roca.

Llego al tercer aspecto de mi esquemita. Yo veo aquí un auténtico cruce de culturas y tradiciones, quizás en relación a lo que es un país joven que todavía está construyendo su identidad cultural que va camino hacia el mestizaje. Y este la hace peculiar frente a otras culturas, como pasado, como presente y como futuro en acción ya.

No me voy a extender más ahorita, vamos a ir conversando estas cosas.

Voy a procurar enviarte en breve plazo una bibliografía, lo que ya no se muy bien, es a qué librería podrías dirigirte. De repente que yo -mismo voy a que asumir ese encargo. Voy a preguntar cuando voy a Lima y mientras tú lo vas pensando también.

Bueno, ahí vamos a estar comunicándonos, para evitar sobresaltos en la correspondencia puedes escribir a cualquiera de estas dos direcciones: Apartado 696. Cusco o también: Parroquia Santiago Apóstol. URCOS (Cusco)

Hasta otro día mi abrazo cordial,

José María García



EL TRIGO IRAY

Julio César Chalco

La palabra iray es una curiosa quechuización del término “era” que en una de sus acepciones se refiere al “espacio de tierra limpia y firme, algunas veces empedrado, donde se trillan las mieses” (DRAE, 2011). A este sustantivo se le ha adicionado el sufijo quechua (-y) para verbalizarlo y así otorgarle movimiento. En este sentido iray significa trilla o venteo.

El Trigo Iray, a mi modesto entender, es uno de los espectáculos más bellos y mágicos que poseemos en esta parte de la sierra peruana, por el mismo hecho de que es una rara alquimia entre ritual mágico, religioso-andino y antiquísima actividad agrícola.

Cuando el trigo se viste de sol y el viento se asoma por el horizonte los campesinos saben que el momento adecuado ha llegado. Y un buen día, como despertados por un misterioso llamado, se arman de segaderas, las cuales a filan ceremoniosamente para poder cortar el trigo. Mientras esto pasa, los



dueños de la siega deben de agenciarse de dos cosas muy importantes: un grupo de cuadrúpedos (que pueden ser caballos, burros, mulas, reces y hasta ¡cerdos!) dispuestos a pisar y repisar el trigo cortado y sobre todo una iray pampa, que es el lugar donde se realizará la trilla. Esta era tiene que estar en un lugar estratégico y poseer ciertos requisitos: plano, esponjoso y con pasto raso, como un campo de golf; y sobre todo, tener viento propio.

La siega del trigo (o trigo rut'uy) se realiza semanas antes de la trilla. Para esta etapa los segadores se ponen simétricamente frente al campo de trigo amarillo (distanciados, el uno del otro, entre metro y metro y medio) y se disponen a cortar el trigo, dejando tras de sí montículos de espigas en forma de equis, que luego serán

amontonadas en esa misma forma y cargadas a lomo por los mink'ayuq (trabajadores a préstamo) hasta la eray pampa. En este lugar cada carga formará un eslabón circular que deberá esperar la trilla hasta que las espigas estén completamente duras y los tallos, libres de humedad.

Esta actividad la hacíamos siempre dentro de mi familia, y aún recuerdo la última vez (tenía ventipocos años). El día del Trigo Eray, mamá se agenció de algunos burros y caballos, y recibió agradecida la llegada de algunos mink'ayuq que nos hicieron respirar un poco más tranquilos, dado el trabajo que teníamos por delante. Como preámbulo a la actividad repartimos chicha amarilla, aguardiente, cigarros y coca entre

todos (los que quisiesen). Para los niños mamá trajo una envidiable cantidad de plátanos, manzanas y gaseosa. Luego uno de los mink'ayuq, que fue nombrado qullana (capitán de la actividad) por mamá, empezó a repartir las responsabilidades: ejes de la era, trilladores y

arreadores de las bestias. El eje de la era es el encargado de sujetar los lazos de los animales y mantenerlos sobre la ruta circular de la era. Los arreadores deben azuzar en todo momento a los animales para que se mantengan en constante movimiento circular. Finalmente están los trilladores que, armados de trinchas y palas, de madera y acero nos colocamos, en un primer momento, alrededor de la era para lanzar las espigas del trigo a los pies de las bestias; y luego para el venteo final que separa el grano de la paja.

Un burrrrrmmm o un uuuuuuuuuuuuuuuu feroz hacen que se inicie la actividad. Las bestias empiezan a correr como benditos, sus pasos son firmes y acompasados. Los caballos se hacen aún más gallardos y los burros, menos

humildes. Nosotros aullamos de emoción: uuuuuuuuuu, burrrmmmm y otra vez uuuuuuuuuuu. Todo es un griterío febril que se mezcla con las risas y el salud de cada bocanada de chicha o aguardiente. Es una fiesta a la cual solo asistimos los dichosos.

Es medio día y falta muy poco para el almuerzo. El qullana nos insta en quechua a esforzarnos más, si queremos terminar a tiempo y cantar wifay (que es el bello canto que hacemos cuando terminamos el trabajo; para que los demás sientan que terminamos antes) a las otras trillas. Eso nos alienta y continuamos con nuestro cometido, con más ganas, con más fuerza.

Es hora del almuerzo y mamá ya nos espera junto a dos tías. Ellas han preparado una alfombra de mote, chuño sancochado y choclo que hacen guiños al hambre. Las tías nos invitan a sentarnos rodeando aquella alfombra de comida. Las bestias son liberadas para que puedan beber agua de algún arroyo cercano y comer su ración de paja. Mamá ha traído el almuerzo en k'arpas(ollas de barro) las cuales se ven vaporosas. El estofado circula entre todos en platos multiformes y la chicha no se deja esperar. Servida la comida para todos, el qullana hace el respectivo pago a la tierra, derramando ceremonioso un poco de chicha sobre el suelo pelado y luego ordena comer.

Son las dos de la tarde y nuevamente a la era. Curiosamente el viento ha desaparecido desde el momento del almuerzo y no vemos posibilidades de que vuelva con fuerza. Mamá dice que quizá se fue a almorzar y que luego vuelve. Todos asienten. El qollana, que tiene la sonrisa verde, ordena empezar el trabajo, incluso con esa débil briza de viento. Los animales han vuelto a su recorrido circular y conforme el griterío sube en decibeles y el pisoteo de los animales es más furioso, el viento vuelve inesperadamente. Los trinchés se elevan lanzando la paja nuevamente al cielo azul. El viento es un minkayuq de alcurnia que separa la paja del grano. Cuando las ganas del viento son ideales, ¡cómo contagian! Esas ganas se impregnan en nuestros corazones y nos inundan de su fuerza. Entonces hombres, bestias y viento aventamos el trigo hacia más arriba haciendo que la paja se alborote y caiga como copos alargados de nieve amarilla en una dirección cercana a la trilla,

donde forma una curiosa montaña entallarinada. Las patas, trinchés y palas no cesan de moverse; los aullidos se mezclan con el silbido del viento. El trigo amarillo poco a poco va emergiendo desnudo en una suerte de streep tease brutal, grupal, irreversible...

Con la agonía de la tarde ya se puede divisar, de mejor manera, el grano rubio y abundante separado de lo que ahora es una verdadera montaña de paja amarilla que invita a zambullirse. El trabajo ha terminado y solo falta juntar el grano en costales. El qullana grita wifay y todos le seguimos en coro. En las otras eras sentimos a la gente acelerar. Mientras mamá y todos los demás recogen el trigo en los costales para ponerlos sobre el lomo de las acémilas, yo no aguanto más las ganas y junto a unos pequeños me arrojo al corazón de aquella maternal montaña. Lo hago quizá empujado por una inevitable nostalgia que hace que añore los días en que, cuando niño, tomaba el papel de topo y construía una madriguera en medio del pajar, y amanecía allí junto a otros niños. En aquellos afanes disfrutábamos del calor de la paja y de la vista infinita de esas estrellas que nos guiñaban constantemente. Estando zambullido en esa paja amarilla me pregunto ¿Por qué crecí? Y mientras cavilo en mi nostalgia, puedo notar con un poco de rubor que los mink'ayuq me miran con estupor y algo de risa. Cuchichean entre ellos. Su risa se hace cada vez más estridente. Hay un momento en que se miran entre sí, como tramando algo contra mí. Las palas y los trinchés tiemblan en sus manos cuarteadas por el tiempo, y en el momento menos pensado las arrojan en señal de liberación. Entonces sonriendo como niños se lanzan sobre el corazón de la montaña amarilla hasta llegar junto a mí, para que juntos busquemos al niño que fuimos en algún momento.

Es muy de tarde, solo nos queda esperar a las estrellas. Mamá marchó hace algunos minutos junto a las acémilas cargadas de trigo y una parte de los mink'ayuq. Uno de nosotros (el qullana) pide un trago de aguardiente, alguien se lo da; los demás protestamos y pedimos el mismo favor. Ya no importa nada, nunca volveremos a ser niños. Mientras eso pasa, la primera estrella del sur aparece y nos guiña. Ya es de noche y hora de volver.

Camélidos andinos: la fibra primigenia

Karina Pacheco Medrano*

Quiquiera pretenda hacer un retrato completo del paisaje, la historia, la cultura o las sociedades andinas no podrá prescindir de la imagen de unos animales cuadrúpedos de cuello largo y fino pelaje que habitan valles, montañas y altiplanos de la región andina: alpacas, llamas, vicuñas y guanacos han acompañado la historia, la cosmogonía y el devenir de los pueblos andinos desde hace miles de años. Denominados camélidos andinos, los dos primeros pasaron por un largo proceso de domesticación entre 7,000 y 8,000 años atrás; los dos últimos han mantenido una vida silvestre en las altas punas, pese a que la lana de la vicuña es una de las más finas y caras del mundo, lo que hace pocas décadas puso a este animal al borde de la extinción.

Si el desarrollo de la agricultura supuso el gran salto cultural de las diversas civilizaciones surgidas por el mundo; en los Andes ese salto estuvo complementado por la domesticación de los camélidos andinos (también denominados auquénidos), en especial de las llamas y alpacas, animales de los que se podía aprovechar cada parte; no solo la carne y la lana aportaban alimento y abrigo, también han sido utilizados como animales de carga; su pellejo sirve como colchón, su cuero como material para el calzado, sus huesos como instrumentos musicales, sus tendones como recios lazos, su estiércol como abono para los cultivos y su sebo como frotación medicinal, sustento para el fuego, y cómo no, como ofrenda para los dioses. Ciertamente, toda la abundancia de bienes que ofrecen a hombres y mujeres andinas ha hecho que la figura de estos animales esté muy extendida en la cosmogonía y la iconografía andina, así como en objetos rituales como las conopas talladas en piedra.

Tan grande ha sido la importancia de estos animales, que mucho antes de que alpacas y llamas fueran domesticadas, los primeros hombres andinos dejaron muestra de su interés por ellas en petroglifos y numerosas pinturas rupestres extendidas por todo el Sur Andino (ver Hostnig, 2003). En algunas regiones las pinturas rupestres de camélidos hoy en día siguen funcionando como ejes totémicos para los pastores; así, el antropólogo Percy Paz (1988) tomó nota de que en su peregrinación al Santuario de Qoyllurit'i, los pastores de llamas y alpacas que pasaban por la zona de Chawaytiri (Cusco), se detenían en las cuevas que albergan esas pinturas rupestres para celebrar rituales ante ellas. De otro lado, en la astronomía andina, varias

constelaciones principales toman la figura de camélidos, tal es el caso de Urkuchillay (equivalente a la constelación de la Lira en Occidente); Yakana o Qatachillay, la llama cósmica; o Uña Llama, la cría de la llama (ver Salazar, 2012). Tampoco parece casual que la palabra quechua «paqo» denomine al mismo tiempo a la alpaca y al sacerdote andino.

Jorge Flores Ochoa, uno de los mayores expertos en la relación entre camélidos y cultura andina señala que: «Una de las ideas predominantes expresadas en varios mitos y narraciones considera que los animales de los rebaños han sido dados a los pastores “en préstamo” y que de su conservación depende el futuro de la misma humanidad» (Flores, 1975: 16).

La relación entre estos animales y la sociedad andina ha sido vital; uno de los mitos que mejor expresa esa relación señala que la llama que habita el cielo cada año se encarga de beber el agua del mar para transformarla luego en la lluvia que fertilizará la tierra. Otro mito muy extendido en



Foto: R. Hostnig

las comunidades andinas es que en el principio de los tiempos las alpacas emergieron a la tierra a través de los manantiales, las lagunas o el mar, lugares de origen denominados «paqarinas». Pero si los seres humanos las tratan mal o las descuidan, pueden marcharse del mundo y la humanidad entera desaparecería. Por ello, allá donde se crían llamas y alpacas, los rituales dedicados a estos animales son muy delicados e incluyen danzas, música, canciones y ofrendas.

De todas las partes de los camélidos, sin duda es su fibra la que a lo largo de milenios mayor calor, delicadeza y color ha proporcionado a los habitantes andinos. Y además ha sido fuente de arte y creatividad. Una de las mayores expresiones de ese arte se encuentra en los tejidos de la cultura Paracas, elaborados con fibra de camélidos o algodón, o con una mezcla de ambas. La extraordinaria calidad de esos tejidos se compagina con la sofisticación en los diseños realizados por aquellos tejedores precolombinos. Los incas supieron apreciar esos extraordinarios avances textilarios y en su tiempo los tejidos siguieron siendo tanto o más valorados que el oro y la plata. En ese contexto, los cuidados y rituales alrededor de los camélidos tomaron mayor importancia; así, en grandes festividades como el Inti Raymi, era central el sacrificio de llamas blanca y negra como ofrenda, así como para augurar a través de sus entrañas los designios para el año solar que se iniciaba.

En la región del Cusco, la tradición textil se mantuvo durante la Colonia y el primer siglo de la República; los tejidos de alpaca y vicuña, siempre fueron alabados como fibra de primera calidad; no obstante, recién a mediados del siglo XX la mirada internacional empezó a fijar la atención en el comercio de estas fibras. Su suavidad, liviandad y el calor que proporcionan, la hace ideal para regiones del mundo de severos inviernos. Así fue creciendo el prestigio asociado a estas fibras y también sus precios.

Por la dificultad que supone el trasquilado de los camélidos silvestres como la vicuña y por la extremada finura de su fibra, esa lana es una de las más caras en el mercado internacional. La alpaca, más accesible, no deja de ser una fibra costosa y se halla cada vez más presente en la alta costura. Hasta hace pocos años, la mayor calidad estaba asociada a la Baby Alpaca; pero las mejoras genéticas aplicadas por sus criadores, así como el perfeccionamiento en el proceso de trasquilado e hilado ha creado una calidad aún más fina y suave, la Royal Alpaca, que no solamente está siendo obtenida por las grandes casas exportadoras de fibra de alpaca, sino también por algunas asociaciones campesinas a través de cadenas de comercio justo.

Perú y Bolivia acogen la mayor población de camélidos andinos; si bien Chile y Ecuador y Argentina cuentan

también con grandes cantidades de llamas y alpacas. A partir de los años 80, se inició la exportación de estos animales, sea para zoológicos o como ganado, de modo que hoy se puede encontrar numerosas granjas de llamas y alpacas en Canadá, Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda.

De todos los camélidos andinos, la alpaca es la especie más extendida y su fibra la más comercializada. Solo en el Perú, la población de alpacas asciende a 3,5 millones (75% del total mundial) y su crianza beneficia a millares de familias campesinas de las zonas altoandinas. La región de Puno, el distrito colindante de Canchis en el Cusco y el Valle del Colca en Arequipa, concentran la mayor cantidad de alpacas. Las dos variedades principales son Huacayo y Suri; la primera tiene una fibra rizada y esponjosa y es la más extendida; mientras la variedad Suri es lacia, larga y sumamente brillante.

El color de la fibra de llamas y alpacas es muy variado, oscilando desde el blanco hasta el negro. Los tonos de marrones también son abundantes. La fibra blanca es la que mayor precio obtiene en el mercado internacional porque se puede teñir a una gran variedad de colores; sin embargo, en las comunidades campesinas, así como en el sector de biocomercio, se aprecian más los colores naturales. Según la calidad de la fibra, esta se puede utilizar para la confección de bufandas, chompas, vestidos, chales, frazadas, alfombras, telas, etc., y puede combinarse con fibras de otros animales como la oveja.

De esta manera, tenemos que los camélidos andinos han sido y siguen siendo un componente trascendental en la vida cultural y económica de las sociedades andinas; y es con esa fibra primigenia con la que numerosos creadores hoy tejen nuevos sueños y diseños.

Referencias bibliográficas

- Flores Ochoa, Jorge (1975): «Pastores de alpacas». En: *Allpanchis Phuturinga* N° 8, páginas 5-24. Instituto de Pastoral Andina. Cusco.
- Hostnig, Rainer (2003): *Arte Rupestre del Perú. Inventario Nacional*. CONCYTEC. Lima.
- Paz, Percy (1988): «Ceremonias y pinturas rupestres». En: *Llamichos y paqocheros. Pastores de llamas y alpacas* (Jorge Flores, editor), pp. 217-223. CEAC. Cusco.
- Salazar Garcés, Erwin (2012): *Astronomía Inka*. Planetarium Cusco. Cusco.

* Escritora y doctora en Antropología. Directora de Ceques Editores, Cusco.